

# Galicia y los gallegos en la política cubana

JANET IGLESIAS CRUZ<sup>1</sup>  
Universidad de La Habana

## Resumen:

En este trabajo, tenemos como objetivo definir una serie de interrogantes que nos permitirán descubrir el papel de Galicia y los gallegos en la política cubana en uno de los períodos más álgidos y controvertidos de la historia de Cuba, 1898-1908: ¿Cómo eran vistos el Centro Gallego y sus dependencias, así como las restantes asociaciones gallegas, por los políticos cubanos? ¿Qué relación se establece entre el Centro Gallego y la política cubana? ¿Cómo se realiza la retroalimentación entre el Centro Gallego y la política insular? ¿Cómo es percibida la gran masa de emigrantes gallegos por los políticos de la Isla? El modo en que el Centro Gallego va tejiendo sus redes hacia el interior de la sociedad cubana se nos hace especialmente evidente en esa «concepción popular» que denomina a todos los españoles como gallegos. Siempre burlados por el pícaro negrito y la mulata en el teatro bufo cubano, esto es un reflejo de ese deseo popular de burlarse de quien lo ha burlado, aquel que perdió la guerra, pero todavía está ahí, y ahora con más poder que cuando gobernaba España.

**Palabras clave:** Centro Gallego de La Habana, inmigrantes de Galicia, Cuba, política cubana, sociedad cubana

## Abstract:

The objective of this paper is to answer a number of questions that will allow us to discover the role of Galicia and the Galician in Cuban politics, during one of the most algid and controversial periods in Cuban history, 1898-1908: How did Cuban politics envision the Galician Center and its dependences, as well as the rest of Galician organizations? What kind of relationship was established between the Galician Center and Cuban politics? How was the feedback between the Galician Center and the insular politics? How was the big mass of Galician emigrants perceived by the politicians in the Island?

For a better understanding of the Galician presence in Havana it must be outlined that the majority of the citizens entitled to vote were foreigners, 80% of them Spanish and a high number of them from Galicia. The way in which the Galician Center was spreading its network within the Cuban society is especially evident in the popular habit naming all Spanish people as Galician. Parallel to the black buffoon and the *mulata* in Cuban comic theater, this habit reflects the popular desire to make fun of those who once ridiculed them, of those who lost the war but who are still there, and even more powerful than during the time of Spanish dominance.

**Keywords:** Galician Center of Havana, Galician immigrants, Cuba, Cuban politics, Cuban society

<sup>1</sup> Profesora asistente e investigadora de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.

La presencia de los gallegos, dentro de la inmensa y preponderante representación de la península Ibérica en la Isla, es tan antigua como la llega de los europeos a estas tierras antillanas. Desde el imprescindible Sebastián D'Ocampo, los gallegos han estado relacionados con la cultura insular, y, dentro de esta, con su política.

Si bien, durante los primeros años, los gallegos no eran mayoritarios dentro del mosaico hispano radicado en Cuba, si pueden resaltarse los nombres de algunos de ellos relacionados con el Gobierno de la Isla. Nicolás Taboada y Moscoso, natural de San Miguel de Bendoiro, en la provincia de Pontevedra, era oidor honorario y, en La Habana, se casa con María Felicia de Jáuregui y Aróstegui, perteneciente a una de las más ilustres y acomodadas familias de esta ciudad, que lideraba la política cubana de su tiempo. María Felicia era hermana de Andrés de Jáuregui, cuyo nombre está estrechamente vinculado con el del eminente Francisco de Arango y Parreño (ambos jugarán un importante papel en la política y la economía de la gran Antilla). Otro de esos ilustres gallegos es Ramón de la Sagra, quien se convierte en protegido y asesor del intendente de Hacienda en Cuba, Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva, al que apoya para mantener la esclavitud en la Isla y combatir a los que pedían reformar la sociedad insular, como José Antonio Saco, quien, por demás, era nieto de gallegos.

Con todo, donde realmente se pone de manifiesto la presencia de los hijos de Galicia, es en las guerras por la independencia, en las que no sólo hubo gallegos luchando en ambos bandos, sino que muchos vieron dibujado, en los destinos de Cuba, el futuro de Galicia. El más preclaro pensador gallego en este sentido fue Manuel Curros Enríquez, quien, desde su llegada a Cuba, se identifica con los autonomistas cubanos hasta el punto de que estos lo ven como parte de ellos. De hecho, no más llegar, Curros prologa un importante texto de Rafael Montoro, uno de los líderes indiscutidos del Partido Autonomista cubano. La percepción de Curros como autonomista en la Isla es de tal magnitud, que cuando se publica un número de la revista habanera *El Fígaro*, dedicada a los autonomistas, en 1898, el único peninsular incluido en ella es Manuel Curros Enríquez.

Durante la Guerra del 95, el Centro Gallego apoya la política española organizando fiestas de recibimiento a las tropas que llegaban de la Península (espectáculos destinados a recoger fondos para curar a los heridos y para la creación de una fuerte Marina de guerra) y promoviendo el arribo a Cuba de voluntarios españoles procedentes de América del Sur, entre otras actividades. Al entrar los Estados Unidos en la guerra, el Centro Gallego pasa a formar parte del Comité Central del Comité de Vigilancia y Protección organizado en La Habana, para hacer frente al caos creado por dicha intervención. Durante el bloqueo a La Habana por la Armada norteamericana en 1898, los gallegos convierten la planta baja de su Palacio Social en Hospital de Sangre, donde las alumnas de su plantel educacional fungen como enfermeras<sup>2</sup>.

Un elemento que no debemos soslayar a la hora de analizar las relaciones políticas en Cuba es el componente étnico. Los negros, como estamento menos favorecido dentro la

<sup>2</sup> Iglesias Cruz, J. y Gutiérrez Forte, J.: *El Centro Gallego entre siglos*.

sociedad cubana, tanto colonial como republicana, se vieron ampliamente desplazados por los emigrantes españoles, en su mayoría, gallegos. La corriente migratoria hispana se insertó en una sociedad profundamente racista, que utilizó a estos emigrantes para blanquearse y alejar el temor al fantasma de Haití. Esta sustitución del elemento negro por el hispano se llevó a cabo en la Isla de manera más evidente desde la segunda mitad del siglo XIX<sup>3</sup>.

Entre 1899 y 1907, en Cuba, el número de españoles con ocupación remunerada aumentó de 103.912 a 146.831. Éstos dominaron todos los sectores laborales que se encontraban en proceso de expansión: controlaban el comercio interno y la transportación marítima; tenían en sus manos la mayoría de los puestos en los ferrocarriles y en los tranvías; poseían los cargos más altos en las fábricas de tabaco, de la que no pocos eran dueños; representaban el 90% de los mineros y de los picapedreros de la Isla. En las ocupaciones profesionales de la joven República cubana, los españoles superaban en número a los negros y mulatos: en 1907, la Isla contaba con 20 funcionarios gubernamentales españoles, lo que contrastaba con los 9 negros y mulatos que se ocupaban en igual actividad; de manera similar ocurría con los maestros varones, donde nos encontramos con 377 españoles y 113 negros y mulatos.

El racismo imperante en la sociedad de la época, junto a otros elementos, facilitó la inserción de estos emigrantes españoles, que eran preferidos en algunos oficios por el sólo hecho de ser blancos. Esto les permitió a los hispanos fortalecer los gremios que venían controlando desde la colonia, en los que había pocos cubanos blancos, y donde los negros eran frecuentemente rechazados<sup>4</sup>. La historiadora suiza Aline Helg señala que lo «más dañino [...] para los intereses de los negros y mulatos fue el hecho de que la independencia no produjo el regreso en masa de los españoles a Europa [...]» y que «[...] la administración norteamericana de 1898 a 1902 protegió a las propiedades y los negocios de los peninsulares»<sup>5</sup>.

El apoyo que el Gobierno interventor norteamericano les brindó a los hispanos que se mantuvieron en la Isla luego de terminada la guerra por la independencia es otro factor de gran incidencia en la inserción de los españoles en la política y la sociedad cubanas, y que no debe ser pasado por alto<sup>6</sup>. Francisco Carrera Jústiz llegó a afirmar que la Isla estaba sujeta a una «invasión civilizadora» no violenta de los norteamericanos, quienes desplazarían a los cubanos [blancos] a posiciones inferiores, si esos cubanos no formaban una unión de latinos con los españoles residentes en Cuba; y se llegaría a considerar como verdaderos cubanos a los de origen español<sup>7</sup>. Debemos tener en cuenta que no sólo existió apoyo de los gobernantes norteamericanos a los españoles en Cuba, sino que éstos últimos también les proporcionaron ayuda a los interventores norteamericanos para su intromisión en la política cubana. Ello

<sup>3</sup> Barcia Zequeira (2005).

<sup>4</sup> Helg, 2000: 139-142.

<sup>5</sup> Helg, 2000: 139

<sup>6</sup> Rodríguez, 2000. Para este autor uno de los principales apoyos a la corriente anexionista de esos años eran las elites españolas y su prensa.

<sup>7</sup> Helg, 2000: 144-145.

puede apreciarse claramente durante la segunda intervención de 1906 a 1909, cuando las elites económicas y políticas de los españoles que vivían en Cuba se encontraban entre los principales grupos consultados por las autoridades norteamericanas para decidir la política que debían seguir en la Isla<sup>8</sup>.

No debemos olvidar que, desde la instauración de la República, el 20 de mayo de 1902, los españoles, y en particular los gallegos, hacen ingentes esfuerzos por estrechar lazos con los cubanos; lo que se corresponde con la política de atracción del elemento hispano seguida por este primer Gobierno cubano<sup>9</sup>. Recordemos que el Centro Gallego de La Habana realiza un acto de bienvenida a la naciente República, donde participa su primer presidente, Tomás Estrada Palma, acompañado de su gabinete.

En este contexto se trata de crear una asociación que se encargue de propiciar, fundamentalmente a nivel cultural, las relaciones entre España y Cuba, la Unión Ibero Americana<sup>10</sup>. Con este fin, el 10 de mayo de 1904, en el Teatro Nacional, se realiza una velada a teatro lleno, a la que asiste el Presidente de la República, así como las personalidades más relevantes de la intelectualidad y la política cubana del momento. No podía faltar a este acto una representación del Centro Gallego de La Habana, como sociedad regional de peso en el entramado político nacional. En la velada, el ilustre intelectual cubano Rafael Montoro expresó: «Estamos cumpliendo con nuestro deber [...] ¿Por qué no hemos de unirnos los latinos, empezando por los ibero-americanos? [...] ¿Por qué [...] no han de servir los tesoros de nuestra cultura para hacer más sólida y más esplendorosa la civilización universal?»<sup>11</sup>. Al respecto, el director de *El Diario de la Marina*, Nicolás Rivero, comenta: «[...] los que [...] consideran un mal gravísimo la unión de Cuba a España y a los otros pueblos ibero-americanos, [lo hacen,] porque esa unión puede apartar a esta República del «ancho cauce de la influencia y de la civilización norteamericana»<sup>12</sup>.

En este complejo panorama de la recién nacida República, sujeta al apéndice Platt en su Constitución (que le daba derecho al Gobierno norteamericano a intervenir en la Isla cuando lo estimase necesario), se desarrollan las redes sociales que conformaron y contuvieron la controversia intelectual que estructuró el pensamiento cubano durante los primeros 20 años de vida republicana. Es en este espacio donde va a destacar la sociedad Centro Gallego de La Habana, la cual no sólo va a funcionar como un sitio de polémica, donde se dirimen las diferencias entre las diversas tendencias políticas del país y se atemperan las contradicciones del pasado

<sup>8</sup> «Ya Intervenidos. Pacificación de Cuba», informe de Willian H. Taft, secretario de Guerra, y Robert Bacon, subsecretario de Estado; respecto a lo realizado, bajo las instrucciones del presidente Roosevelt, para restablecer la paz en Cuba. (Collazo, 1907: 216).

<sup>9</sup> En una entrevista concedida por el presidente Tomás Estrada Palma al diario *La Discusión*, 9 de mayo de 1902, Estrada Palma celebró la actitud de los españoles residentes en la Isla, «con quienes perfectamente unidos se solidificarían el Gobierno y las instituciones, pues ellos representaban las clases trabajadoras y las ricas». Antes había afirmado, en Santiago de Cuba: «de ahora en adelante no habrá aquí ni españoles ni cubanos, sino miembros de una misma familia» (*El Mundo*, 6 de mayo de 1902).

<sup>10</sup> Esta asociación tuvo una vida muy efímera: más allá de 1904 no se encuentran huellas de su acción.

<sup>11</sup> Rivero, 1929: «En La Unión Ibero Americana, 12 de mayo de 1904», 134.

<sup>12</sup> Rivero, 1929: 133.

colonial, sino que ella en sí va a ser objeto de discusión dentro de la sociedad cubana, por ser española y expandirse con no poco éxito hacia el interior de una sociedad que acaba de independizarse de España. En el debate que genera esta institución intervienen grandes figuras de la intelectualidad cubana, como Fernando Ortiz y Enrique José Varona. Se trata de una cuestión que se está analizando en todos los niveles y estratos de la sociedad cubana.

Enfrentar la proyección del nacionalismo cubano en la coyuntura de los dos imperios significa reflexionar sobre las ambiguas relaciones, entre conflictivas y amorosas, que se establecen en torno a la Isla y sus nuevos y antiguos tutores. Se enaltecerán las diferencias o similitudes con alguno de los dos, según resulte conveniente para el robustecimiento de aquello que se estime como rasgo típico o deseable de la cubanidad. Al respecto, Fernando Ortiz escribió: «los enemigos de todo pueblo son todos, absolutamente todos los pueblos extraños [...] para luchar se impone la necesidad de un enemigo, que será constante o transitorio según la permanencia o movilidad de los intereses opuestos»<sup>13</sup>.

Un ejemplo claro de este comportamiento de «amor» hacia nuestra antigua metrópoli, España, ocurrió en plena ocupación norteamericana. El 28 de junio de 1908 hacía su entrada en La Habana el buque escuela de la Armada española *Nautilus*. El arribo al puerto habanero de este buque fue un acontecimiento de gran resonancia política. La ciudad se estaba preparando para este hecho desde mayo, y en la prensa aparecían constantemente noticias sobre estas actividades<sup>14</sup>. En el recibimiento desempeñó un papel destacado el Centro Gallego de La Habana, en tanto sus nuevos espacios del Teatro Nacional (comprado junto a la manzana en que se sitúa en 1906) se utilizaban para la confraternización entre los veteranos del Ejército Libertador<sup>15</sup> y la oficialidad de esa nave, representantes del Ejército español. La mesa de este encuentro la presidía Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía<sup>16</sup>. (Resulta muy llamativo que esta «representación», para los norteamericanos y el resto del mundo, sobre la civilidad de los cubanos, se estaba realizando en «territorio gallego».) Este suceso se utilizó ampliamente para demostrar la legitimidad de la cultura del pueblo cubano en la tradición hispana<sup>17</sup>. En todo este rejuego, el Centro Gallego es utilizado por la sociedad cubana y viceversa. Esta «negociación» permite que el Centro continúe abriendo sus espacios en la Isla.

<sup>13</sup> Fernando Ortiz: «Entre cubanos», *ápu*d Ricardo Quiza Moreno: «Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930), p. 46.

<sup>14</sup> *El Figaro*, 7 de junio de 1908.

<sup>15</sup> El Ejército Libertador fue el que se enfrentó a las tropas del Gobierno español para lograr la independencia de Cuba entre 1868 y 1898.

<sup>16</sup> Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía: uno de los iniciadores del alzamiento en Camagüey al comenzar la guerra por la independencia en 1868. Fue presidente de la República de Cuba en Armas en dos ocasiones. Participó en las dos guerras de independencia (1868-1878 y 1895-1898). Se opuso a la aplicación de la Enmienda Platt y a la intromisión de Estados Unidos en los asuntos de Cuba.

<sup>17</sup> Un ejemplo de esto es el artículo de la revista *El Figaro* en el cual se destaca la delicadeza de los españoles, que envían como mensajero «un grácil velero» y no un pesado armatoste como los acorazados yanquis. Otro ejemplo es el artículo de Enrique José Varona, en la misma revista, en el cual explica lo que significa el arribo del *Nautilus* a La Habana y su recibimiento por el pueblo cubano. En ese mismo número aparecen opinando sobre este tema, resaltando la importancia de la visita, los generales del Ejército Libertador y candidatos a la presidencia de la República, José Miguel Gómez y Mario García Menocal. (*El Figaro*, junio de 1908).

Entre estos límites del amor y el desamor está moviéndose la recepción del Centro Gallego, como parte de la comunidad hispana en Cuba, y por sus conexiones dentro de la sociedad cubana. Esta asociación, surgida en 1879 en la Habana, fue acogida de forma imprecisa con el advenimiento de la República, como casi todo movimiento español en la Isla, en su doble carácter de aliado y enemigo; aliado, en el enfrentamiento a la norteamericanización, y enemigo, en dos sentidos: por una parte, el ser aliado de los Gobiernos interventores le da cierto carácter anexionista (las autoridades de Estados Unidos son vistas por la elite económica y política de esta asociación como el aliado para defender sus diversos intereses) y, por otra parte, la posibilidad de controlar la economía y la producción intelectual le permite, al decir de Fernando Ortiz, «una reconquista mansa», «un imperialismo tranquilo», que se muestra, ante los ojos cubanos, como una devolución a España de lo perdido en el 98.

Esta visión de lo español como elemento «antinacional» se justifica por la alianza manifiesta del Centro Gallego de La Habana con las autoridades norteamericanas en Cuba durante la segunda intervención. Y se evidencia, además, con la presencia de las máximas autoridades interventoras en las actividades más destacadas del Centro, entre las cuales pueden resaltarse, en 1907, la presencia de Charles Magoon, gobernador interventor de la Isla, en el acto de puesta de la primera piedra del Palacio-Casa Social del Centro Gallego, acto ampliamente reseñado por la prensa cubana y gallega de la época.

Creemos necesario recordar que el área donde se construye el majestuoso edificio contempla el inmueble del Teatro Nacional. Esta compra fue percibida como una intromisión en los asuntos nacionales, como un elemento contradictorio con el hecho de que España había sido derrotada hacía no pocos años. La adquisición fue muy discutida en la prensa cubana; sirva de ejemplo la caricatura en la que el Centro Gallego está personificado como un gato grande y gordo que está persiguiendo a un ratón que simboliza al Teatro Nacional<sup>18</sup>. (¿Quién está representado como el más fuerte?) Ante todo esto se ve al pueblo cubano asistiendo como un mero espectador.

Otro hecho que puede refrendar esta alianza hispano-norteamericana es la carta de presentación, para el presidente de Panamá, que el gobernador interventor entrega al Centro cuando éste envía una comisión para preocuparse por los gallegos que trabajan en las obras del canal.

En estos años de intervención norteamericana, la comunidad gallega y el Centro Gallego de La Habana tienen que enfrentarse al rechazo «a este elemento español por ser considerado el mayor peligro para el desarrollo de la Nación», según consta en los escritos de Fernando Ortiz y Enrique José Varona. De este último, resulta muy esclarecedor el artículo publicado en el primer número de *El Figaro* del año 1908, donde llama la atención su fecha: 20 de diciembre de 1907, día de uno de los actos más importantes de la historia del Centro Gallego, que trasciende a la historia de Galicia por ser cuando se interpreta, por vez primera, lo que luego sería el himno que actualmente la identifica. Este acto contó con la presencia de todo el

<sup>18</sup> *Azul y Rojo* 3, p. 7 (ápuđ Barcia: 2005).



Gobierno interventor, presidentes de otras asociaciones, así como empresarios e intelectuales. ¿Influyó en el contenido del escrito de Varona lo visto en este acto y en el anterior del 8 de diciembre? Creemos que sí. Ambos fueron un derroche de poderío y capacidad de movilización del Centro Gallego. Por eso, estos hechos pueden relacionarse con lo que el autor destacará en el artículo: la existencia de «enemigos del Gobierno de los cubanos [que] se sienten regocijados [...] que ven aumentadas sus esperanzas [...] cada mes que se prolonga el orden de cosas existente [la intervención norteamericana]»<sup>19</sup>.

Para comprender más esta aprehensión hacia los hispanos, nos ayudará conocer que, durante la segunda intervención, en la Comisión Consultiva se discutió darle el voto a los extranjeros y la facultad de ser electos en elecciones municipales y provinciales<sup>20</sup>. El tema se debatió ampliamente dentro y fuera de esta Comisión, la cual recibió numerosos telegramas que se oponían a que se les otorgara el voto a los foráneos. La prensa se hizo eco de ello, tomando partido y dando sus pareceres al respecto. En la propia discusión dentro de la Comisión, se tomó como ejemplo un artículo del periodista gallego Manuel Curros Enríquez publicado en el *Diario de la Marina*, en el cual plantea que el voto de los extranjeros es beneficioso, afirmando que, para su logro, se necesita que se cambie la Constitución de la Isla. Aquí llama la atención que, entre los múltiples artículos publicados en la prensa de la Isla sobre este tema, se escoja, precisamente, un escrito de Curros. ¿Quién era Manuel Curros Enríquez? Nada menos que el intelectual más importante de la colonia gallega en Cuba, uno de los más relevantes escritores del Rexurdimento das Letras Galegas y un destacadísimo periodista, reconocido como tal dentro de la prensa cubana, que poseía estrechos vínculos con antiguos autonomistas cubanos como Eliseo Giberga y Rafael Montoro<sup>21</sup>. Resulta aún más interesante que sea este último quien proponga en la Comisión Consultiva otorgarles el voto a los extranjeros, pero no a cualquier extranjero, sino a aquellos que llevaran más de cinco años con residencia fija en Cuba, con familia, «establecimientos mercantiles o industriales, posean propiedades, ejerzan una industria o profesión y paguen la contribución correspondiente»<sup>22</sup>. (¿No se está retratando aquí a una parte de los socios del Centro Gallego y demás sociedades regionales de la Isla?).

<sup>19</sup> Enrique José Varona: «Paz y Unión», *El Fígaro* n.º 1, 5 de enero de 1908.

<sup>20</sup> La discusión sobre la participación de los extranjeros en las elecciones municipales y provinciales comienza en la Comisión Consultiva el 5 de marzo de 1907. El día 8 de ese mes, Juan Gualberto aporta los datos sobre la correlación entre extranjeros y cubanos en la Isla y en La Habana. Esta discusión se extiende hasta los días finales de la Comisión Consultiva. Para ampliar información sobre este tema puede verse el *Diario de Sesiones de la Comisión Consultiva*, República de Cuba, 1906-1909.

<sup>21</sup> Ayudaría a entender mejor las relaciones entre Giberga, Montoro y Curros, el conocer que todos eran masones. Sobre la comunidad de intereses entre Curros y los autonomistas puede verse ver el artículo de Janet Iglesias Cruz y Javiher Gutiérrez Forte «Curros Enríquez, España, Cuba y su independencia».

<sup>22</sup> *Diario Sesiones de la Comisión Consultiva*: sesión ordinaria del 8 de marzo de 1907.

<sup>23</sup> Juan Gualberto Gómez: eminente periodista y político cubano. En 1892 fundó el Directorio de las Sociedades de Color con el fin de velar por el progreso intelectual de los negros y por el cese de la discriminación racial. Fue el representante en Cuba del Partido Revolucionario Cubano durante la Guerra de Independencia (1895-1898), amigo personal de José Martí y uno de sus más cercanos colaboradores en sus labores independentistas. Se opuso a la aprobación y a la aplicación de la Enmienda Platt.

En su alegato de oposición a esta ley, Juan Gualberto Gómez<sup>23</sup> da a conocer los siguientes datos: la población electoral en Cuba era de 417.993 hab.; de ellos, 290.905 eran cubanos y 127.088 extranjeros; de éstos últimos, eran españoles más de 80.000. Por otra parte, en La Habana, la población en edad electoral era de 75.705 hab., de los cuales eran cubanos 35.000 y extranjeros 40.305<sup>24</sup>. Estos datos nos facilitarán comprender el poder alcanzado por los emigrantes españoles, al menos por sus elites económicas, políticas e intelectuales; lo que podía incrementarse de haberse aprobado íntegramente esta propuesta<sup>25</sup> (por demás, acorde con la tradición cubana proveniente, desde fines del XVIII, de «blanquear la Isla», tema que se discutió en la Constituyente del 1901).

Esta percepción de fortaleza del elemento español en la Isla se hace mucho más evidente cuando, entre 1908 y 1912, comienza un intento de federación de las sociedades regionales españolas en el Casino Español de La Habana. Si, además, tenemos en cuenta que en el año 1900 había 19.088 gallegos en Cuba y, ya para 1935, esta población era de 40.100<sup>26</sup>; y si a esto sumamos que, en 1907, la cantidad de socios del Centro Gallego era de 25.035<sup>27</sup>, todos ellos, potenciales votantes, podremos imaginar mejor el inmenso poderío que hubiera alcanzado la asociación con la aprobación total de esta ley.

No es de extrañar, entonces, que la actitud de los españoles en Cuba llegara a considerarse como «dominadora» por la postura de sus instituciones, editoriales, periódicos, el clero católico (mayormente español), etc. Tampoco extraña que el pueblo cubano llegue a demandar que se pongan en práctica «todos los resortes» para impedir que la prensa foránea, en este caso la española<sup>28</sup>, lastimara el sentimiento nacional, exigiendo a todos los extranjeros residentes en Cuba el debido respeto a los símbolos y glorias nacionales y no consintiendo que se mezclaran en la política interior.

El rechazo a lo que quedaba de España en la Isla debía constituir una premisa que permitiera el paso de la industria y el comercio a manos cubanas, con el fin de reconquistar la potencia económica de la nación<sup>29</sup>. Se hace especial énfasis en que estos españoles no son cubanos, se hayan nacionalizado o no.

La presencia y exhibición de los símbolos nacionales (escudo, bandera) en las instituciones hispanas causó malestar entre muchos; como ocurrió en 1909, cuando un grupo de veteranos de la Guerra de la Independencia propuso que fueran retiradas las armas españolas que se encuentran en la entrada principal del antiguo palacio de los capitanes generales y

<sup>24</sup> Datos de Magoon, 1908: 66. En este informe también se señalan los debates sobre el derecho al sufragio de los extranjeros, manejándose el criterio de que una gran proporción de los comerciantes y propietarios de la Isla no son ciudadanos de la República (p. 32). En los datos que brinda Juan Gualberto Gómez, las cifras son menores que las obtenidas en el Censo Electoral de 1908, que da 228.741 extranjeros con edad electoral; de ellos, 185.393 españoles y 11.217 chinos, el otro grupo de extranjeros más numeroso.

<sup>25</sup> Si bien no se obtuvo el derecho al voto de los extranjeros en elecciones provinciales, sí se logró el derecho de los extranjeros a elegir y ser elegidos como concejales en elecciones municipales.

<sup>26</sup> Xan Fraga Rodríguez: *Emigración e historia contemporánea Galiza-Cuba*, pp. 29-31.

<sup>27</sup> *Apuntes para la Historia. Centro Gallego de La Habana de 1879 a 1909*, p. 88.

<sup>28</sup> Dentro de esta prensa española, una buena parte era gallega.

<sup>29</sup> Guiral, 1915: 153.



primer palacio presidencial de la nueva República cubana. Esto provocó la respuesta del director del *Diario de la Marina*, Nicolás Rivero: «[...] ese escudo de armas ya no es signo de dominación, sino prueba indiscutible de que los veteranos provienen de casa grande y son hidalgos y nobles por los cuatro costados»<sup>30</sup>. Más allá de esta noble frase de Nicolás Rivero, el hecho es que el presidente de la recién estrenada República de Cuba, al entrar a la casa de gobierno, lo hacía bajo las armas españolas<sup>31</sup> contra las que habían estado luchando los cubanos durante treinta años. Esta situación se mantuvo hasta que a mediados de la segunda década del siglo XX se inaugurara un nuevo palacio presidencial que, además, había sido diseñado por el mismo arquitecto que realizara el imponente palacio social gallego.

En el mismo sentido destacan también los sucesos de la región habanera de Güines, muy cercana a la capital, donde la presencia de la bandera española en el casino español de la localidad desató una revuelta popular y una airada polémica en la prensa, por uno y otro bando<sup>32</sup>.

Sobre esta actitud preventiva ante el despliegue de poder hispano, resulta demostrativo este texto de Enrique José Varona: «La paz fue para cubanos y españoles. Pero éstos no han considerado nunca como vencedores suyos a los cubanos. Han mantenido arrogantemente sus sociedades [...] vieron y sintieron que una parte del poder que poseían se les iba para siempre, pero sólo una parte, y han procurado buscar en la otra amplias compensaciones, y lo han conseguido»<sup>33</sup>.

La sociedad Centro Gallego de La Habana fue uno de los espacios que utilizó la elite de la colonia gallega en Cuba como catalizador en el proceso de movilidad social<sup>34</sup>. Por ello no es de extrañar que sus directivos mantuvieran estrechísimos vínculos con el Gobierno cubano. La relación es biunívoca: por un lado lograban firmes lazos con el Gobierno insular, por ser directivos del Centro Gallego; pero, a su vez, llegaban a estos altos cargos dentro de la asociación por sus relaciones con el Gobierno de la Isla. Esto lo podemos ejemplificar<sup>35</sup> a través de Secundino Baños, quien no sólo fue presidente del Centro Gallego, sino que, además, fue juez y fiscal municipal; y compromisario<sup>36</sup> en la elección de 1901, el primer sufragio de Cuba independiente para elegir al presidente. Era amigo personal de Tomás Estrada Palma, primer presidente electo de la República de Cuba Independiente, y, por si fuera poco, es quien

<sup>30</sup> Nicolás Rivero: «Las armas españolas en las puestas de palacio», *Diario de la Marina*, 26 de febrero de 1909.

<sup>31</sup> Esas armas españolas aún se encuentran adornando la entrada principal de lo que antes fuera el Palacio de los Capitanes Generales.

<sup>32</sup> Nicolás Rivero: «Hispanofobia», *Diario de la Marina*, 30 de julio de 1904.

<sup>33</sup> Ver: Enrique José Varona: «La Reconquista», pp. 33-34.

<sup>34</sup> Sobre el papel de las elites en la comunidad gallega cubana, ver: José Antonio Vidal Rodríguez, *A Galicia antillana: formación e destrucción da identidade galega en Cuba, 1899-1968*, cap. 4.

<sup>35</sup> Otros ejemplos son los de José López Pérez y Abelino Pazos. El primero, doctorado en Derecho por la Universidad de La Habana en 1894, fue también presidente del Centro Gallego. Su destacada labor como abogado lo relaciona con lo más relevante de la economía y la política habanera. El segundo, dueño de importantes almacenes de tabaco, fue también cónsul de España en Nueva York, jefe superior de administración. En Bouzo A. M. Álvaro, *Cuba: Galería de hombres notables*.

<sup>36</sup> Los compromisarios eran los encargados de elegir al presidente. Resultaban seleccionados por votación directa. Alcanzar este puesto estaba determinado, entre otros factores, por el nivel económico.

lleva a efecto la controversial compra del Teatro Nacional y su manzana aledaña con vistas a la construcción del nuevo palacio social del Centro Gallego.

El Centro Gallego era tan reconocido como sitio de intercambio de diversos tipos de capital, y por sus estrechas relaciones con la política y la economía cubana, que el marco de esta asociación va a ser utilizado no sólo por los gallegos, sino también por los cubanos que buscan en ella una plataforma para potenciar su preponderancia en la política, como sucede con el abogado y político liberal Carlos A. Sierra.

Otros ejemplos que nos muestran la activa participación de los gallegos en la política cubana son los de Manuel Negreira, candidato a Concejal del Gobierno Provincial de La Habana por el Partido Liberal Histórico en las elecciones de 1908, y Fernando Loredo, abogado y político conservador, que fue electo Concejal del ayuntamiento de La Habana en las elecciones de este año.

Una figura que ejemplifica ampliamente el nivel de las relaciones obtenidas por los gallegos en la joven República cubana es la de José López Rodríguez (Pote). Este gallego, del que mucho se habla y poco se sabe, cultivó excelentes relaciones con la alta política del país: apoyó económicamente la campaña presidencial que llevará a José Miguel Gómez, entre 1908 y 1912, al frente de la República. Este último, a cambio, lo favorecerá con múltiples facilidades en las arriesgadas aventuras financieras y comerciales de «Pote»<sup>37</sup>.

Como complementariedad necesaria e inevitable a las relaciones en el plano político, se establecen importantes entendimientos en el terreno de la economía. La presencia de los gallegos y de su asociación más visible, en la polémica política cubana, ocurren en el apogeo de las inversiones en sectores no vinculados a la agro-industria, y en estas se va a insertar una parte de la emigración gallega. Los recursos que hacen poderoso al Centro Gallego salen de este empresariado. Las industrias menores serán un espacio donde las elites económicas de estos emigrantes van a estar «confraternizando» con políticos de los más altos niveles de la nación, quienes también están invirtiendo en ellas, y, a la vez, van a estar formando parte de las agrupaciones económicas que defienden la diversificación de la economía cubana<sup>38</sup>.

<sup>37</sup> José López Rodríguez (Pote): obtiene del Gobierno cubano innumerables concesiones, como las que le permitieron construir el puente que une, sobre el litoral habanero, ambas orillas del río Almendares, proporcionando la expansión de la ciudad hacia el oeste de la capital; interviniendo además en la urbanización de estas tierras, entre las que, «casualmente», se encontraban propiedades suyas. Su audacia y determinación en el mundo de los negocios le lleva a la apertura, en marzo de 1912, de la «Casa del Timbre», considerado como un gran acontecimiento dentro de la sociedad cubana; pues era la primera de su tipo no sólo en Cuba, sino en América Latina. Su inauguración contó con la presencia del Presidente cubano. Y, precisamente, en este año 1912, tras múltiples negocios y maniobras políticas, López Rodríguez atesora en sus manos el control del Banco Nacional de Cuba. Para esta época es considerado como una figura única de las finanzas habaneras.

<sup>38</sup> Marqués, 2006. Sobre la acción de los empresarios españoles en la economía cubana resulta muy útil el epígrafe «El empresariado español; su organización», incluido en el quinto capítulo de esta obra, 104.

## CONCLUSIONES

A través de este trabajo hemos mostrado algunos indicios de la profunda e insoslayable presencia de los gallegos y su más importante centro regional en la política cubana durante los primeros años de República; relación huidiza, pero que resulta imprescindible conocer para comprender cabalmente la «tan llevada y traída» presencia gallega en la cultura cubana.

Es innegable que los gallegos en Cuba hicieron política cubana, al menos, una parte de sus elites (recordemos que la política, su parte más visible, siempre la hacen algunos). No sólo fueron utilizados para lograr ese viejo sueño del blanqueamiento insular, también eran tomados en cuenta en el complejo rejuego electoral, y usados como instrumento de presión política. No debemos olvidar que los gallegos formaron parte de ese discurso legitimador de las elites políticas cubanas en defensa de nuestra nacionalidad, pero también este discurso es utilizado por las elites gallegas para legitimar su posición dentro de la sociedad cubana. Fueron vistos como aliados o como enemigos, pero siempre tenidos en cuenta y siempre participantes. A su vez, los gallegos supieron utilizar la política cubana y sus resortes, siendo capaces de manejar esa coyuntura formadora en el proceso de creación y consolidación de la política cubana. Es importante esta visión, pues se tiende a analizar a los gallegos y sus asociaciones como un elemento aislado y sin interacciones, que ni toma ni influye en el lugar que lo acoge como emigrante.

El proceso de cubanización (o aplanamiento, como gusta al decir popular) es mucho más que la presencia de una u otra ley, o los cambios coyunturales, por violentos que estos sean; pasa, entre otras, por las relaciones familiares que se crean, donde cada miembro no es una isla, sino parte de un todo armónico, donde dar y recibir forma parte de la cotidianidad. El resultado obtenido está sujeto a movimientos mucho más lentos y complejos, donde las rupturas visibles suelen portar continuidades ocultas.

Es necesario conocer lo que perdura, pero también, lo que no dejó memoria. Resulta difícil capturar todos estos elementos, por lo tangencial de las fuentes; porque en casos como este, la construcción, o reconstrucción, no se hace a partir de grandes bloques prefabricados, sino de pequeñitos ladrillos hallados en los más disímiles sitios, los que, muchas veces, es necesario extraer de otras construcciones. Se trata de intentar desmadejar un gran enjambre partiendo de la puntita de un hilo, muchas veces cortado, y que es necesario unir con considerable paciencia y trabajo para lograr algún resultado.

El insigne intelectual cubano Fernando Ortiz, en un emotivo discurso dirigido a los estudiantes del plantel Concepción Arenal, en el año 1912 decía: «[...] niños cubanos, hijos de gallegos, compatriotas míos [...] cuando tengáis en vuestras manos el porvenir de esta nación libre que crearon para vosotros las generaciones idas, sed cubanos, muy cubanos [...] ¡siempre cubanos!»<sup>39</sup> Y en este término de cubanos está necesariamente presente la profunda raíz de lo gallego.

<sup>39</sup> Ortiz, 1912.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Apuntes para la Historia Centro Gallego de La Habana de 1879 a 1909* (1909). La Habana: Avisador Comercial.
- Barcia Zequeira, M. C. (2005). *Capas populares y modernidad en Cuba. 1878-1930*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- Bouzo A. M. Á., *Cuba: Galería de hombres notables*.
- Collazo, E. (1907). *La Revolución de Agosto de 1906*. La Habana: Imprenta C. Martínez y Compañía.
- Diario de Sesiones de la Comisión Consultiva*, República de Cuba, 1906-1909. (1909) La Habana: Imprenta Rambla y Bouza.
- Guiral Moreno, M. (1915). «La intromisión de los extranjeros en nuestros asuntos domésticos», en: *Cuba Contemporánea*, t. VII, febrero de 1915.
- Helg, A. (2000). *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba 1886-1912*. La Habana: Imagen Contemporánea.
- Iglesias Cruz, J. & Gutiérrez Forte, J. (inédito). «El Centro Gallego entre siglos». Ponencia presentada en la *Cátedra Emilio Roig del Insustituto de Historia de Cuba*, octubre de 1998, Cuba.
- (2000). «Curros Enríquez, España, Cuba y su independencia», *Debates Americanos* 9.
- Charles Magoon, Ch. E (1908). *Informe de la Administración Provisional*. La Habana: Imprenta de Rambla y Bouza.
- Marqués Dolz, M. A. (2006). *Industrias menores, empresarios y empresas en Cuba, 1880-1920*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, F. (1912). «A los Gallegos de Cuba». Discurso pronunciado en el Teatro Nacional, el 15 de septiembre de 1912. In Cagiao Vila, P. & Guerra Vilaboy, S. (eds.) (2007), *De raíz profunda, Galicia y los gallegos en Cuba*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico; Xunta de Galicia, Dirección Xeral de Creación e Difusión Cultural 254.
- Quiza Moreno, R. (2000). «Fernando Ortiz, los intelectuales y el dilema del nacionalismo en la República. (1902-1930)», *Temas*, número extraordinario 22-23, julio-diciembre del 2000.
- Rivero, N. (1929). *Actualidades 1903-1919*. La Habana: Cultural S. A.
- Rodríguez, R.: (2007). *Cuba: Las máscaras y las sombras. La primera ocupación*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Varona, E. J. (1915). «La Reconquista», *Cuba Contemporánea*, t. IX, diciembre de 1915.
- Vidal Rodríguez, J. A. (2008). *A Galicia antillana: formación e destrucción da identidade galega en Cuba, 1899-1968*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.

### Prensa cubana:

*Azul y Rojo*, 1904.

*Diario de la Marina*, 1904, 1909.

*El Fígaro*, 1908.

*El Mundo*, 1902.

*La Discusión*, 1902